

CAPÍTULO II.

Segundo privilegio de la Iglesia.

LA PERPETUIDAD.

El segundo privilegio de la verdadera Iglesia es el de ser perpetua, es decir, de no perecer jamás. Nada es mas cierto, mi querido Teófilo, que este privilegio concedido á la Iglesia de Jesucristo, y te vencerás de ello fácilmente si quieres poner atención en las pruebas que del mismo vamos á darte.

§ I. Pruebas sacadas de la sagrada Escritura.

Los Profetas anunciaron que el reino de Dios no tendria fin. «El Dios del cielo, dice «el profeta Daniel, levantará un reino, que «nunca será destruido. Este reino, no pasará á otro pueblo, abatirá y reducirá á «polvo todos los demás reinos, y él se conservará de la misma manera.» El ángel Gabriel, anunciando á María que seria madre del Redentor, le asegura que el reino

de este divino Redentor *no tendrá fin*. La Iglesia, segun las expresiones de la sagrada Escritura, es como una *columna firme* y que no puede ser derribada. Jesucristo rogó para que no faltase jamás la fe de san Pedro. Todos estos varios pasajes nos prueban que la Iglesia de Dios debe durar siempre.

¿Quieres, hijo mio, una nueva prueba mas fuerte aun que la precedente? medita las palabras que Jesucristo dirigió á san Pedro. Habiéndole dicho este: *Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, Jesucristo le contestó: «Feliz eres Simon, hijo de Juan, «porque no son la carne y la sangre que «te han revelado esto, sino mi Padre que «está en los cielos, y yo te digo: *Tú eres «Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, «y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»*

Debemos notar desde luego, que en este pasaje del Evangelio Jesucristo compara su Iglesia á una *casa* de la cual san Pedro es el *fundamento*. Pero el fundamento de una casa sostiene el resto del edificio, y cuando falta el fundamento, cae todo el edificio.

Y ya que la Iglesia es una casa que debe durar hasta el fin del mundo, como lo prueba el resto del pasaje, es necesario que san Pedro, que es el fundamento de esta casa, la sostenga hasta el fin del mundo por sí ó por sus sucesores. San Pedro, pues, tendrá sucesores hasta el fin del mundo, y ellos serán siempre el sosten de la Iglesia.

Las puertas del infierno, continúa Jesucristo, *no prevalecerán contra ella*, es decir, contra la Iglesia. En el lenguaje de la sagrada Escritura, las puertas del infierno significan el poder de los demonios, y todo lo que los espíritus malignos ponen en obra para derribar la casa de Dios que es la Iglesia, las persecuciones, las herejías, los cismas, los escándalos. Luego cuando dice Jesucristo que, *las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia*, se debe entender, que jamás las persecuciones acabarán con la Iglesia, jamás las herejías alterarán su fe, ni jamás los escándalos corromperán su moral.

Si sucediese alguna de estas tres desgracias, es evidente, mi querido amigo, que las puertas del infierno prevalecerían con-

tra la Iglesia; y supuesto que no deben prevalecer, debe concluirse, que la Iglesia de Jesucristo nunca puede dejar de subsistir, nunca puede dejar de tener en todas las naciones pastores que enseñen los dogmas de la fe predicados por Jesucristo, administren los Sacramentos, instituidos por Jesucristo, gobiernen á los fieles con la autoridad espiritual arreglada y ordenada por Jesucristo; y finalmente, nunca puede dejar de tener en todos los países, un número cualquiera de fieles que crean y profesen la misma fe y los mismos dogmas, participen en la comunión de los mismos Sacramentos, y estén sometidos á la misma autoridad espiritual.

Por otra parte, el mundo ha sido criado para la Religión; este mundo es un templo que Dios ha construido, y no ha puesto los hombres en medio de este templo, sino para que le adorasen. Si Dios, pues, vela con tanto cuidado en la conservacion del mundo, que no fue hecho sino para la misma Religión, el templo seria inútil, si no habia en él verdaderos adoradores, y Dios lo destruiria. Y seria una locura, mi querido amigo, creer

que Dios puede dejar perecer la Religion, que dió por medio de Jesucristo, esta Religion que es el fin de todas sus obras, esta Religion cuyo establecimiento le ha costado tan caro, si así puedo expresarme. De aquí debe concluirse que la Religion de Jesucristo, se ha conservado hasta nosotros, y se conservará hasta el fin del mundo, en toda su pureza; y por consiguiente, que siempre ha habido y siempre habrá en el mundo, una sociedad de verdaderos cristianos, es decir, *la Iglesia de Jesucristo*.

Esta indefectibilidad de la Iglesia es un verdadero prodigio; y seria increíble si no hubiese sido anunciado por aquel que es la misma verdad. Y en efecto, ¡qué cosa mas difícil de creer que el que haya de tener una inmutable duracion una sociedad compuesta de hombres, y que exista debajo del sol alguna cosa que no cambie! Pero tambien Jesucristo, haciendo á sus Apóstoles la admirable promesa de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, da á su palabra este inmutable fundamento: *Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra*. Id, pues, parece que les dice, con esta

seguridad á donde ahora os envío, y llevad allí, por la autoridad que os confiero, el testimonio de mis verdades: no os quedaréis sin fruto: enseñaréis, bautizaréis y estableceréis iglesias en todo el universo. Ninguna maquinacion, ninguna opresion, ninguna persecucion podrá dañaros; desafiad con ánimo á todos vuestros enemigos, y decidles con el Profeta: «Maquinad, y serán deshechas vuestras asechanzas; veníos para conspirar en nuestra pérdida, nada nos sucederá, porque el Señor está con nosotros.»

§ II. *Explicacion de esta indefectibilidad.*

Me preguntarás aquí tal vez, mi querido amigo, ¿por qué reducimos la promesa del Señor á decir que los errores serán siempre exterminados en la Iglesia, y por qué no aseguramos tambien que no se introducirán en ella los vicios? Jesucristo es igualmente poderoso para obrar lo uno y lo otro, es cierto; pero debe saberse lo que él ha prometido, y no extenderse el sentido de esta promesa mas allá de lo que ella encierra. Léjos de prometer que únicamente

habria santos en su Iglesia, Jesucristo predijo al contrario, « que habria escándalos « en su reino y zizaña en su campo; y aun « que esta creceria en él, mezclada con el « trigo bueno, hasta la siega. » Bien conocida es esta parábola, y se podrian citar muchas otras en las que nuestro divino Maestro nos da la misma advertencia.

Recordemos solamente, hijo mio, los peces de toda clase presos en la red en tan gran número, que la navecilla desde donde predicaba Jesús, *casi se hundia con su peso*, pero sin que por esto dejase de llegar felizmente á la orilla. Es ciertamente una de las maravillas de la duracion de la Iglesia, que el gran número de aquellos que cargan esta barca misteriosa, no le impedirá sobrepujar á las olas del mar de este mundo, que la agitan sin cesar, y subsistir siempre.

Así es que siempre se verán escándalos aun en el seno mismo de la Iglesia, y el cuidado de reprimirlos será eternamente una parte de su trabajo; pero en cuanto á los errores y á las herejías, serán exterminados. Jesucristo no habla sino de la duracion de la predicacion y de los Sacramen-

tos: *Id, enseñad, bautizad; Yo estoy siempre con vosotros, enseñando, bautizando*; la predicacion producirá su fruto: la Iglesia tendrá siempre santos y la caridad no morirá jamás en ella.

EJEMPLO.

CONVERSION DEL SEÑOR DE JOUX.

Una de las conversiones mas ruidosas de Ginebra es la de *Pedro de Joux* antiguo pastor de aquella ciudad, y después presidente del consistorio protestante de Nantes. No se declaró abiertamente católico hasta 1825, algun tiempo antes de su muerte; pero lo era de corazon hacia mucho tiempo.

Uno de los principales motivos que le condujeron á la antigua Iglesia, era la confusion en que veia caer la reforma protestante: sobre ningun punto habia creencia alguna cierta. En Ginebra mismo, los pastores evitaban hablar del pecado original y de la divinidad de Jesucristo. Para oponerse á este torrente de la indiferencia, publicó Pedro de Joux en 1803 una excelente obra¹, en la cual defendia con vigor las verdades de la fe que los primeros protestantes creian como los católicos, pero que iban sucesivamente abandonando sus descendientes, para perderse en el deísmo y la incredulidad. En esta obra decia ya: « La ortodoxia pura y simple es la que ha

¹ *Predicacion del Cristianismo*, en 4 tomos.

«arreglado todas mis opiniones, y regularizado toda
«mi creencia; es, en una palabra, el Evangelio tal
«como lo ha entendido hasta el dia la *universalidad*
«de los cristianos.»

Su celo á favor de la antigua creencia, y contra los nuevos errores, era tan sabido, que sus compañeros, los pastores de Ginebra, le ofrecieron treinta luises anuales mientras no ejerciese cargo alguno, ni predicase en su canton, temiendo que lo hiciese con demasiado ardor de la divinidad de Jesucristo. En 1813 en una circunstancia en que se hablaba de conversiones, dijo tambien: «Lo que es yo, repro-
«baria á un católico el que se hiciese protestante;
«porque no debe aquel que tiene lo mas, buscar lo
«menos; pero al contrario, no encontraria mal en
«un protestante, que se hiciese católico; porque
«bien puede quien tiene lo menos, buscar lo mas.»

Otro motivo tambien le inclinaba á la antigua fe, y era el ver que el protestantismo no tendia menos á destruir los reinos é imperios que la misma Iglesia. «He conocido, decia en el prólogo de otra obra
«suya, que la revolucion religiosa del siglo décimo-
«sexto es la principal causa del desquiciamiento
«político que ha estallado en 1789. Estoy convenci-
«do, en una palabra, que el espíritu del protestan-
«tismo, esencialmente amigo de novedades, de la
«independencia y de la libertad de opiniones en ma-
«teria de fe y de gobierno, ha producido la revolu-
«cion francesa, el mas vasto sistema de destruccion
«del orden social que se haya jamás ofrecido al
«mundo espantado, y del cual solo ha podido li-
«brarnos una inaudita reunion de circunstancias en
«que se ve marcado el dedo de Dios.»

Sorprendido de la fatal desunion, que separa los católicos y los protestantes, y mas afligido aun de encontrar una multitud de personas que no tenian religion alguna, Pedro de Joux creyó encontrar una causa de ello en los libelos impíos, que los sofistas del siglo décimo octavo habian esparcido contra el clero, sobre todo contra los sucesores de san Pedro, contra el culto romano, los monjes italianos y el órden sacerdotal.

Por el centro mismo del catolicismo, dice, empezaron su obra de tinieblas estos espíritus mentirosos. Viajeros impíos pusieron en mal aspecto á los ministros de los altares: Pío VI y Pío VII, Pontífices los mas dignos de veneracion, tampoco estuvieron al abrigo de sus calumnias. No es que ignorasen estos hombres malvados, que inficionando con su veneno contagioso las fuentes de donde la Religion se derrama en las almas, inspiraban la indiferencia ó la aversion hácia la misma. La mayor parte de las relaciones de viajes á Italia que publicaron, están sembradas de mentiras; no habiéndose hecho sino para envilecer á los sacerdotes y ridiculizar las órdenes religiosas, y para presentar como hábitos pueriles y superticiosos las santas prácticas que fomentan la devocion.

Para hallarse mas en estado de refutar estas mentiras y calumnias, y apresurar por este medio la conversion de los protestantes á la antigua Iglesia, que era el objeto de todo su anhelo, hizo en compañía de un jóven lord inglés un segundo viaje á Italia. Partieron á principios de 1816. El Sr. de Joux observaba cuidadosamente los usos y disciplina del clero, visitaba las iglesias y conventos, asistia á las

ceremonias, estudiaba los dogmas, se informaba de todo lo que podia aclarar sus dudas. A su regreso de Italia, se retiró á Escocia en donde redactó sus observaciones bajo la forma de cartas. Finalmente, atraído siempre por una voz interior que le llamaba al seno de la verdadera Iglesia, pasó otra vez al continente y se decidió á dar el paso mas difícil. Hizo su abjuracion el 11 de octubre de 1823 en manos del Sr. Arzobispo de Paris; cayó enfermo poco después y murió el 29 del mismo mes en los sentimientos mas edificantes. Una hija digna del mayor aprecio, que habia ido expresamente para cuidarlo, lo asistió en sus últimos momentos.

CAPÍTULO III.

Tercer privilegio de la Iglesia.

LA INFALIBILIDAD.

La Iglesia no seria perpetua é indestructible, si pudiese engañarse y tomar la mentira por la verdad con respecto á la fe; porque una iglesia que enseña el error ya no es la Iglesia de Jesucristo. Debe, pues, admitirse, mi querido Teófilo, este tercero y último privilegio de la verdadera Iglesia, *la infalibilidad.*

§ I. Dios ha debido dar á los hombres un medio infalible para conocer la verdad.

Dios no edifica sobre la arena, ni da un fundamento ruinoso. Él edificó una Iglesia, y por consiguiente debe ser indefectible, infalible. Porque es necesario dar á todos aquellos que buscan la verdad de buena fe, y aun á *todos los hombres* un medio de distinguirla en medio de este perpetuo conflicto de opiniones y de sistemas de religion como hay en el mundo. Digo á *todos los hombres* porque está escrito que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad, sin la cual no hay salvacion; á *todos los hombres*, es decir, á aquellos que no siendo aun cristianos, quieren serlo, á fin de que entre las diferentes sociedades que hay en el cristianismo, se adhieran á aquella que es la verdadera Iglesia de Jesucristo; á aquellos que siguen las falsas iglesias á fin de que entren en el seno de la verdadera; en fin, á los que se hallan en la verdadera Iglesia para que no la abandonen.

Sí, es necesario, mi querido amigo, que